

pacífico que se tropezase con él por la noche en un despoblado.

Joe, el segundón, era el reverso de la medalla, la antítesis del primogénito.

Pequeño de cuerpo y cenefío de miembros, con el cráneo precozmente desnudo, los ojos pequeños y cazarro, la frente fuzg y ligeramente reprimida, parecía la viva estampa de la claudicación.

Tales eran los encantos exteriores de los dos miembros de la granja «Blackbaern Brothers», de la que Joe era el alma y la cabeza, y Jim, el gigante rojo, el brazo ejecutante.

Aquella tarde, pues, Joe y Jim entretenían sus ocios fumando pipas, despachando vasos de ginebra y hablando de sus pequeños negocios.

La marcha de estos pequeños negocios no debía estar por cierto exenta de pejiuguera, porque súbitamente, echando atrás el pingajo cuadrado que le servía de casquete, Jim, dió sobre la mesa un puñetazo que, sin la solidez del mueble, hubiera lanzado muy lejos la botella preciosa.

—¡Canallas! ¡Vagabundos! ¡Hijos de perros! ¡Náuseas me dá tocar, solo tocar su villana piel; pero si los tuviese á mano, los destrozaría como esto!

Y cogiendo su fragmento de casquete lo redujo á infinidad de partículas que arrojó con rabia.

Joe, que conocía el estado de alma de su excelente hermano, permaneció impasible; se acomodó aun más sólidamente sobre su asiento, sacó su eslabón, encendió la pipa con la yesca, dió una chupada, llenó una nueva copa, la bebió de un trago, tosió, carraspeó, se frotó las manos y con su voz temblona pero calmosa, repuso:

—Comprendo tu ólera, hermano y la excuso; después de todo, Forwaert era una bestia de precio y...

—¡Me había costado 25 libras el año último en la feria de Klipdam!... una bestia soberbia que hubiera hecho la gloria de un caballista de Epsom y que, en este país maldito, caminaba sus diez millas por hora.

—¡Veinticinco libras!... ¡Veinticinco libras! ¡seguramente es una suma, pero For-

waert puede también no haber sido robado! ¿Quién te dice que, aprovechando la negligencia de su «boy» no se ha escapado?

—Hermano mío, te repito que Forwaert ha sido robado por esa gentuza negra que merodea sin cesar alrededor del «Braab» y que en todas partes tiene espías.

—Haciendo investigaciones...

—¡Investigaciones!... ¡intenta, pues, poner la mano sobre esos demonios de ébano á quienes ni un repliegue del terreno ni una caverna son desconocidos! tanto valdría buscar un «shelling» en los remolinos del Sterkstrom.

—¡Tú puedes intentarlo!

—No soy yo de los que retroceden ante una dificultad, y desde el punto y hora en que aconteció el hecho, he enviado á Swani y todos los negros de que podía disponer en busca del caballo desaparecido, con la promesa de media corona en caso de éxito y veinticinco palos si regresan de vacío.

—La receta no es mala, pero estimo que sería preferible asegurarse de la persona del viejo Zimbo, el correveidile del desierto.

—Ya sé que ese horrible mono está al corriente de todo lo que sucede en la región; se le encuentra por todas partes y en ninguna, y me hallo persuadido de que él podría decirnos exactamente lo que ha sido de Forwaert; pero ¡habría que echarle las manos encima!...

Joe no respondió: era su manera de aprobar lo que el mayor decía.

Poco á poco, echó algunos buenos tragos y repuso:

—A propósito: ¿sabes tú lo que los negros dicen de Zimbo? Suponen que es el último descendiente de un rey de este país cuya tribu fué rechazada al otro lado del Limpopo.

—Y lo creen poseedor de una inmensa fortuna.

—Siempre según la leyenda.

—Olvidad, hermano, que las leyendas, como los sueños, no son más que mentiras.

—Es posible; pero sabe que ese viejo hechicero que va de posesión en posesión mendigando un pedazo de pan y un vaso de rom, pasa á los ojos de los negros por